

# CRÓNICA URBANA

## Aquí o en cualquier lugar ESPACIOS EN LA CIUDAD

Boris Prodecca

El futuro del espacio urbano no es investigable. Únicamente depende de cómo esté el presente y de su expresión plástica. Sólo el pulso del presente da forma al futuro. Ello significa que primero hemos de desarrollar un concepto de percepción de nuestro presente, para a continuación darle su correspondiente apariencia. Sin embargo, al hacerlo se descubre que éste, nuestro presente, está confuso, caótico, turbulento y disuelto en un sinfín de partículas, y nos exige un pensar complejo y laberíntico.

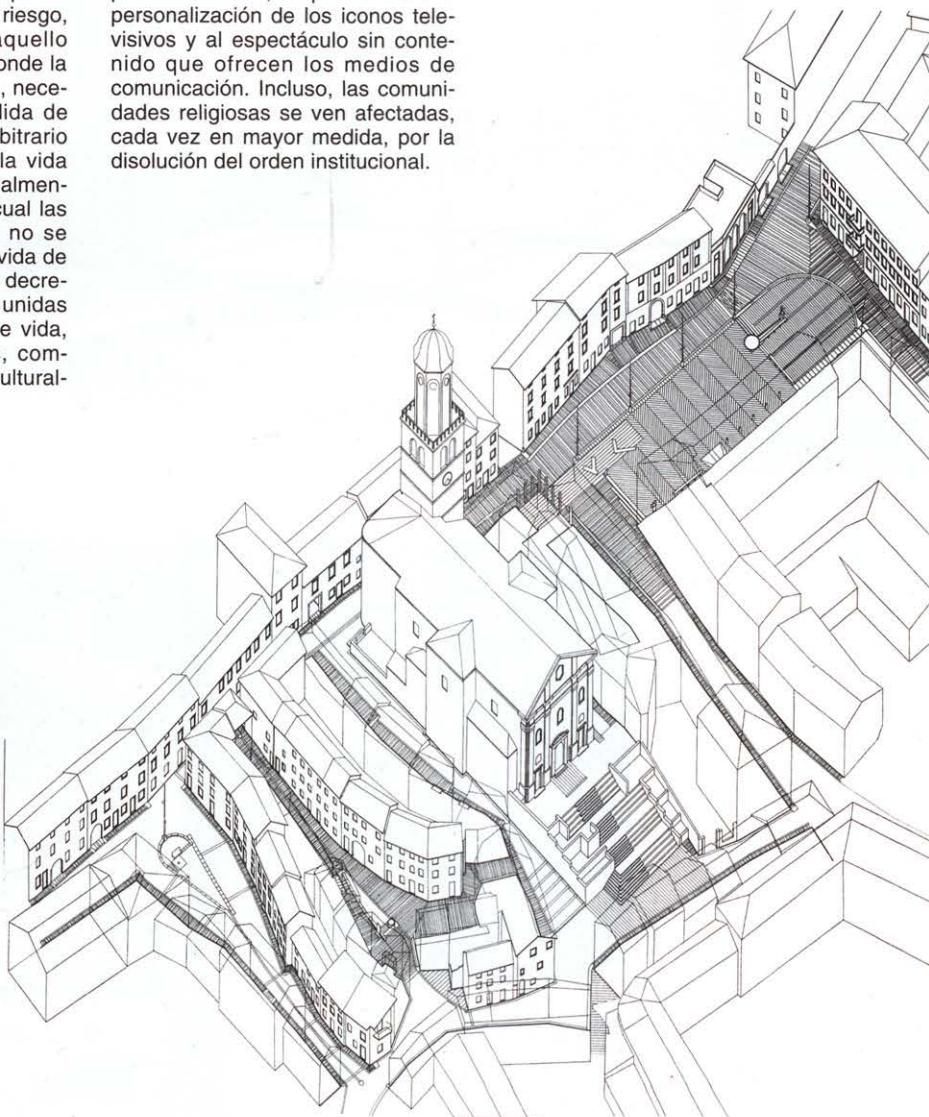
De aquello resulta que en el programático título de mi discurso - Aquí o en cualquier lugar. Espacios de la ciudad- subyace en cierta medida la pérdida de una sociedad clásica, sin llegar a entender este término como patética reiteración de la pérdida del centro según Sedlmayr. El término desarrolla sencillamente la analogía con la descompensación y descomposición de nuestra sociedad actual, en parte para localizar el verdadero destinatario y usuario del espacio público para el que proyectamos calles y plazas.

Para esquematizar un diagnóstico de nuestra sociedad me permito exponer algunas observaciones: la búsqueda de autorealización nos ha llevado durante la última década, en el paso de la era mecánica a la electrónica, a una tendencia a la sociedad del codo, a la imposición brutal del propio ego y a la dominación en el mercado social y económico. La zona peatonal, aquel sustrato mercantil de la era mecánica, adquiere aquí un valor emblemático. La falta de compromiso es una especie de estrategia de supervivencia en una sociedad de riesgo, donde se admira a todo aquello que toma lo que necesita. Donde la seguridad es un bien escaso, necesariamente surge una pérdida de solidaridad; aumentan lo arbitrario y lo imprevisible. También la vida en solitario es cada vez, socialmente, más reconocida; con lo cual las interrelaciones sociales ya no se basan exclusivamente en la vida de la pareja. Por otra parte, las decrecientes tasas de natalidad, unidas al aumento de esperanza de vida, llevan a familias reducidas, compuestas por generaciones cultural-

mente divergentes, que además residen en distintos domicilios. La adaptación de ambos sexos a un mercado laboral competitivo lleva a biografías virtuales que potencian la tendencia a una individualización de las formas de vida.

Desde mediados de los años ochenta está en recesión el apoyo a los partidos tradicionales. Florece el voto cambiante, lo que significa que el hombre, más y más, se rige por razones tácticas en lugar de principios. Los programas políticos parecen difusos, lo que lleva a una personalización de los iconos televisivos y al espectáculo sin contenido que ofrecen los medios de comunicación. Incluso, las comunidades religiosas se ven afectadas, cada vez en mayor medida, por la disolución del orden institucional.

La citada falta de compromiso se extiende como norma; el desorientado vagabundear por el ámbito urbano y el derecho de chamanería y particularidad se exigen cada vez más. De ello surge un estilo de vida y una autorepresentación sin valores, sin compromiso perma-



Axonometría. Piazza XXIV Maggiore. Cormons. 1989-1990



nente con los principios. A esto se añade el exceso de información, que nos lleva a un saber a medias o secundario, como nos enseñó George Steiner con su teoría sobre los "disconnected views". Desde este punto de vista se imposibilita el verdadero diálogo con amigos y forasteros.

El consiguiente desenlazamiento de la identidad se refleja evidentemente en la secuencia de imágenes del espacio público. Ello lleva a formas de organización donde la fabricación de bienes, los servicios, las transacciones financieras, etc...se dispersan sobre varios lugares. Conduce a una multitud de conglomeraciones especializadas, a redes globales, a sucursales y a un mercado transnacional sin precedentes, donde el lugar de la transacción es irrelevante. La alta especialización, a su vez, lleva a un mercado, definido por Saskia Sassen como "global controlling": empieza a percibirse que la neutralización del espacio material, causada por la nueva trama, implica la exigencia de un moderno y preciso espacio urbano. Aquella misma exigencia orientada marca también la autoinscripción de la cultura empresarial como asunto neutral, como necesidad de tecnología, capacidad y racionalidad.

Sennett caracteriza esta representación plástica o urbanística de la moderna forma de una nuevo poder como lenguaje protestante del propio ser y del espacio, y continúa: "Los modos visuales de la legibilidad de los planos e instalaciones de ciudades modernas apena se relacionan con la vida subjetiva".

El verdadero problema tras la obsolescencia del espacio urbano es que la sociedad electrónica y la información le quitan su razón de ser al espacio público: espacio de discusión y manifestación, desfiles, demostraciones, actuaciones, bodas, fiestas e incluso ejecuciones públicas. Aquellos espacios para todos son hoy día un riesgo y realmente no resultan siquiera deseables, por peligrosos. Han llegado a ser huecos en una electrónica macroestructura, demasiado grande, abstracta, gris e indiferente para poder ser llenada. El espacio urbano natural se sustituye por concentración de consumidores. Su desaparición se racionaliza mediante arquitectura mediante y planificación. Si surge, es sólo como coartada convencional de cualquier gobierno municipal.

El espacio resultante ya no sigue criterios estáticos sino dinámicos. Hoy día ya se habla del objeto interactivo, de vivienda y lugar de trabajo interactivos, del edificio interactivo y de la ciudad interactiva. También el espacio público se convierte en una formación procesional y superpuesta o,

dicho de otra manera, en acontecimiento no contenido. El factor tiempo adquiere aquí un nuevo significado en forma de movimiento, cambio del resultado y espacio específico. Así, la utopía formadora del espacio público puede ser dominada por un principio puramente económico, infraestructural y ser ampliada mediante simuladores de ciudad generados electrónicamente. Se habla aquí apoyándose en términos de la teoría del caos urbano, del espacio urbano derramado, del "urban sprawl".

En nuestra sociedad mediatizada, un espacio público mutado de esta manera, que se pierde como espacio urbano clásico, invade el espacio privado, perfectamente seleccionado según los intereses y deseos de la industria de la información, como espacio global a través de la televisión. Cascadas de información desplazan al espacio público. Las liberadoras percepciones de nuestras anteriores perspectivas y secuencias urbanas son atadas e industrializadas. El espacio público está en el privado y viceversa. Aquella evolución basada en la electrónica ya se iniciaba con la motorización masificada; el coche como espacio privado móvil ha invadido o incluso destruido el espacio público. La adición de la telematización del día a día quita al espacio público los pocos participantes que aún le quedaban.

El refugio en lo privado lleva a que acontecimientos urbanos se puedan vivir como sucesos proyectados sin tener que abandonar el hogar y sin tener que cambiar el ambiente acostumbrado por otro extraño. El lugar cualquiera sustituye al aquí. De este modo se cierra el círculo: el espacio urbano, concebido en el pasado como espacio público, se convierte, si no ha sido todavía desplazado por el espacio transitado, de imagen histórica del espacio público en espacio criminalizado, o también, ya descriminalizado por la policía, en espacio de alta seguridad, en el "down town" de la ciudad americana. El espacio público se traslada a sus sustitutos, a las galerías, malls, centros de comercio y deportes densamente pobladas en horas de trabajo, donde se revela esa desnaturalización hacia artículo comercial. Bajo el lema "public-private-partnership" se consuma la privatización comercializada del espacio público.

En paralelo a este apocalíptico espacio interactivo discurre un nuevo reto ético para el arquitecto. La ética ha tenido en todo este desarrollo un papel marginal. Se vuelve a hablar de una responsabilidad social, cultural, ecológica y civilizadora. Vivimos el término ética como una especie de "revival" público. Ética, como desarrollo de poder de juicio plástico y como reacción.



Mi trabajo va en esta línea e implica estructuras de decisión alejadas de los principios de una economía en crecimiento, incluso si en casos extremos faltase acuerdo legal. Ofertas morales, aunque siempre deberían estar abiertas a modificaciones, tienen aquí prioridad y deben ser aquí defendidas.

A continuación desarrollaré fragmentos y redundancias al menos de mi identificable espacio centro-europeo.

Lo que quiero decir nada tiene que ver con el sentimentalismo de las cuestiones urbanas, tan justificadamente criticado por Martín Pawley. Sentimentalismo es, según él, mantener esquemas de pensamiento estratégicamente desdichados por razones tácticas, siendo así posible, según Pawley, invertir causa y efecto, y negar que la explotación de la ciudad a

manos del hombre fuera un proceso entrópico y no cíclico o renovable. Precisamente en esto se basa la errónea conciencia del pensamiento urbanístico de los "classical revivalists", como nos mostró el robo de esta cita postmoderna.

A pesar de todo, para ganar de nuevo confianza en el espacio público de la ciudad construida y vivida, habrá que referirse -por mucha telemática e internet que hubiera- a métodos de densificación de los lugares específicos y de sus tradiciones, siempre agotando al máximo la modernidad. Digo modernidad y no lo nuevo como sustrato de una hipotética arquitectura moderna. Me gustaría primero comentar que dicha arquitectura moderna siempre era utópica y que sus hallazgos científicos y puesta en práctica no quedaban ligados a autores individualistas, lugares

inconfundibles o su ambiente cultural, ni a particularidades regionales, sino que se extendían internacionalmente. La sistemática autonomía del conocimiento y su funcionalización provocaban que los espacios se saliesen de sus fronteras hasta llegar a la anteriormente lamentada falta de lugar y origen de nuestra sociedad y, en consecuencia, del espacio público. Surgen grandes parecidos, mediante la globalización de la ciudad, que prácticamente no dejan distinguir las tecnologías utilizadas, los productos, los hoteles, etc., manifestándose así un carácter utópico o pseudofuturista. Mediante la referencia propia de la así optimizada arquitectura moderna y de la consiguiente utopía futurista, el cualquier lugar, históricamente hablando, se revela realmente como todos los lugares.



Sin embargo, si nos movemos en un espacio público con carga histórica, vivimos el tiempo con valor atemporal, como ucrónia. Aprendemos a distinguir las distintas épocas históricas y a percibir más significativamente el ahora en el presente del observador.

Bazon Brock define ucrónia como forma temporal de lo duradero, de lo preservado. Por tanto me esfuerzo al observar y proyectar espacios públicos, plazas y calles, en darles siempre una temporalidad mayor. Es determinante la percepción unitaria de la obra, descrita como memoria o capacidad proyectiva. Precisamente esta forma temporal, la temporalidad ampliada, junto a la simultaneidad de percepciones como sustrato de la memoria, es ucrónia. Por lo tanto, esta concepción que me sirve de estrategia para mi arquitectura repercute también en la valoración de innovaciones técnicas, especialmente en la generación electrónica de los causantes de percepciones. Solamente si la reproducibilidad técnica se extiende tal que la posibilidad de apropiación de las obras, no solo colabora en el aumento de capacidad creativa, sino también en la simulación de esta percepción temporal ucrónica, entonces lo apruebo.

Quizá también por esto es útil distinguir, según Hans Belting, entre modernidad y arquitectura moderna. Sin embargo, a la pregunta qué término caracteriza la época de la arquitectura moderna, se tiene por respuesta: su modernidad. La expresión en presente ofrece una posibilidad de comprender cómo cumplir esta exigencia. Como es habitual destruir, eclipsar o domesticar mediante convencionalismos lo nuevo por miedo a lo desconocido, el presentador, en este caso yo como arquitecto, favorece la posibilidad obvia de enfrentarse a lo nuevo con referencia a lo tradicional, a lo desconocido con referencia a lo conocido y a la vanguardia con referencia a la historia. Se llega así a la sorprendente conclusión de que la presión de lo nuevo solo se potencia a través de su cambiada posición frente a lo conocido. Con lo cual se podría parafrasear a Adolf Loos, que decía: "Una innovación que no mejora, empeora".

El progreso se sirve de la modernidad en cuanto ésta se haya convertida en histórica. Podemos decir, pues, que el progreso consiste siempre en una concienciación global y diferenciada de pasado. Este principio estructural del progreso o de la modernidad lleva al término de temporalidad estirada o "memoria agens".

Respondiendo a mis propias ideas como arquitecto, la memoria describe un paisaje de llamativas unidades proyectivas, los *topoi*,

cerradas en sí mismas, cuyos nombres representan prototípicamente el trabajo intelectual exigido. Solamente mediante semejante interpretación de los temas, ideas y métodos se llega a alcanzar estrategias de optimización capaces de traducir el espacio público en términos de modernidad.

Si se quiere renaturalizar sustancialmente y sin eufemismos al espacio público, éste tiene que contener la alegría y sensualidad de imágenes paralelas, que significan patria, escenario y taller a la vez. El método que elijo para esta nueva lectura de los lugares, generalmente lugares en la ciudad orgánicamente crecida, se apoya en la emblemática, la singularidad y la particularidad del entorno específico. De ahí resulta la "topoización" del tejido urbano, la cromática específica, la redundancia de señales de identificación, de redes laterales e incluso de enrarecimientos, provistos a veces de ideogramas independientes del lugar, siempre que haya necesidad de arreglos sociales. A veces, anacronismo e incluso anarquía son irregulares factores bienvenidos de un "happy end" proyectivo en homogéneo desarrollo.

Mientras la ciudad tenga corporeidad y no se componga de chips planos, para mí todo aquello sigue siendo punto de referencia para la actuación dentro del espacio público. No olvidemos sin embargo que la argumentación basada en la moda de la sociedad de alta velocidad tiene que ser asimismo relativizada, teniendo en cuenta que la conquista de Troya, aquella misma noche, fue transmitida mediante telegrafía óptica, en forma de señales de fuego y humo, a Clitemnestra a quinientos veinte kilómetros de distancia -sin fax-. Por tanto, en la tradicional pero difusa forma de la ciudad, siempre serán aquellos lugares los mejores, donde el hombre es capaz de estar en medio de incertidumbre sin necesidad de preguntar nerviosamente acerca de hechos y razones. Como ya había dicho Matisse, -no pinto cosas, pinto las diferencias entre las cosas-, también yo considero como una de las formas más inteligentes de actuar en el espacio público la estrategia de la concienciación de las diferencias en una percepción simultánea. ■